

SUÁREZ SUÁREZ, Carmen (ed.): *Maternidades. (De)construcciones feministas*. Oviedo, KRK Ediciones, 2009.

Maternidades. (De)construcciones feministas es una obra colectiva editada por Carmen Suárez Suárez que forma parte del Grupo Deméter de investigación en historia, mujeres y género de la Universidad de Oviedo. Una de las líneas de investigación de este grupo se centra en los estudios históricos y feministas sobre las madres y las maternidades. En este sentido, ha publicado varios trabajos dedicados al tema y ha organizado encuentros y seminarios, entre los que destaca el I Coloquio Internacional Grupo Deméter y XIV Coloquio Internacional de la AEHIM celebrado en Oviedo en noviembre de 2008, bajo el título de “Maternidades. Discursos y prácticas históricas”.

Este libro ofrece a lectoras y lectores un espacio de reflexión sobre la(s) maternidad(es) desde un enfoque plural y multidisciplinar abordando cuestiones que van desde la maternidad como construcción de modelos identitarios femeninos, la maternidad como experiencia vivida, el diálogo entre maternidad(es) y feminismo(s), o la maternidad como instrumento de control social.

En la construcción de los roles de género en la sociedad industrial, la maternidad se convirtió en la base sobre la que se afirmaba el modelo de feminidad, hasta el punto de que ser mujer y ser madre se convirtieron en dos realidades inseparables. Algunas mujeres utilizan la literatura como medio para la denuncia, la crítica y la reflexión sobre esta situación. Carmen Suárez Suárez, nos ofrece el análisis de la construcción de maternidades pensadas desde la literatura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX, en “Las maternidades de ficción y de realidad en las escritoras latinas. En este caso, las autoras objeto de estudio mujeres latinoamericanas que emigran a Estados Unidos con sus familias— se basan en sus experiencias para construir un patrimonio común de las mujeres a través del diálogo, el intercambio y la relación de madres e hijas. Según la autora, estas escritoras “reconocen la subordinación, se rebelan contra ella y plantean la construcción de identidades mixtas, heterogéneas y multiculturales”, y esto lo consiguen liberando a las mujeres de sus historias —que son ellas mismas, sus madres y sus hijas— de los estereotipos y alejándolas del discurso dominante y androcéntrico, construyendo una genealogía femenina.

Otras escritoras, en este caso irlandesas, utilizarán la literatura como medio para denunciar el modelo de feminidad cristiano fundamentado en el mito de la Virgen María, que se basa en el silenciamiento de la corporeidad

y de las necesidades sexuales de las mujeres. Luz Mar González Arias hace referencia a la revisión de la maternidad en los sistemas de representación de la Irlanda reciente a través de la mitología, en “Madres que no envejecen: mitos de soberanía y recuperación de Deméter/Ceres en la literatura irlandesa reciente”. La autora alude al contraste entre las características patriarcales del mito cristiano de María y el valor “proto-feminista y poscolonial” de los mitos celtas, y el empleo del panteón greco-latino por parte de las autoras contemporáneas en sus planeamientos feministas, en contraposición a los autores varones que lo utilizan para las reivindicaciones nacionalistas que institucionalizan una “maternidad nacional”, ya que las mujeres son las encargadas de dar a luz a nuevos luchadores para la causa nacionalista. Eavan Boland será una de estas autoras irlandesas que reformulan la utilización del sistema mítico clásico en clave feminista. Boland denuncia la creación de modelos femeninos de perfección física en el arte que, controlado por la mirada masculina, representa mujeres que nunca envejecen. Por ello, construye un modelo de maternidad alternativa a partir del mito de Deméter y Perséfone. En su obra, Deméter deja de vivir sus ciclos de juventud/vejez en función del tiempo que pasa con su hija. Así, se transforma en una mujer que envejece, una mujer con autonomía propia, legado que deja a Perséfone y que enriquece la relación madre-hija.

Socorro Suárez Lafuente en “Maternidades ex/céntricas en la literatura de lengua inglesa” analiza la crítica de la consideración tradicional de la maternidad desde la literatura anglosajona. Mientras unas escritoras recurren a la literatura para expresar su malestar por tener que vivir una maternidad obligatoria y definida por los parámetros de la sociedad patriarcal (soledad en la maternidad, falta de independencia y de tiempo para la realización personal, invisibilidad por quedar relegadas al plano privado), otras la utilizan para la construcción de maternidades alternativas en la ficción o para la denuncia del control al que son sometidas las mujeres en la maternidad a través de los discursos teológico-religiosos y tecnológico-científicos.

Lisette Griselda Rivera Reynaldos y Sonia García Galán dedican sus trabajos al análisis de estos discursos. La primera analiza la difusión del modelo de madre tradicional en la prensa católica, en “Discursos e imaginarios sobre la maternidad en México a través de la prensa católica de la ciudad de Morelia, 1870-1910”. La autora alude a la defensa por parte de la prensa católica de la imagen de la madre como garante de los modelos morales y religiosos del núcleo familiar, como formadora de sus hijos e hijas y como transmisora de las pautas de comportamiento “propias del sexo” en relación a las hijas, añadiendo que “prácticamente se pide a las hijas que reproduzcan el patrón de sometimiento de la mujer con el hombre en las relaciones madre-hija”. Además, señala que la clase dirigente compartía una visión similar sobre los códigos de conducta a seguir, ya que veía en

la moralidad un signo de regeneración, por lo que propagó la figura de la madre como educadora en el hogar.

Por su parte, vemos en la investigación de Sonia García Galán, “Discursos médicos, prácticas cotidianas y visiones feministas sobre la maternidad en Asturias, 1919-1931”, el relevo de los discursos religiosos por los discursos científicos durante el primer tercio del siglo XX. A partir de los discursos médicos de científicos como Marañón, asistimos a una redefinición de la maternidad basada en la teoría de la complementariedad de los sexos. La misión principal de las mujeres no era sólo ser madres, sino ser “buenas madres”, y para ello debían seguir los principios higienistas y eugenésicos. Se pone en marcha la apertura de una serie de centros en Gijón, como el Instituto de Puericultura (1925) que contaba con un dispensario de leche de vaca esterilizada para las madres que no podían dar el pecho, conocido como Gota de Leche; o la Escuela de Madres (1929) cuyo objetivo era instruir a las mujeres en la atención a la infancia a partir de los preceptos científicos. Las clases eran impartidas por profesionales médicos entre los que se encontraba una mujer, Carolina Alonso Nart, que también impartía conferencias sobre higiene infantil y femenina. Este proceso de institucionalización de la maternidad impulsa también la profesionalización de las mujeres dedicadas a la puericultura a partir de 1927, año en el que se inaugura la Escuela Provincial de Puericultura de Gijón, destinada a la formación de personal puericultor, expidiendo los títulos de Niñera, Dama enfermera y Dama visitadora.

La apertura de estos centros destinados a la promoción de la Puericultura y la Maternología para la difusión de estos preceptos, abre un proceso de medicalización del embarazo y del parto, ya que “la maternidad en sus distintas fases debía regirse conforme a los criterios establecidos por los profesionales médicos” y “la nueva concepción del acto del nacimiento implicaba el traslado de la casa a una institución médica. Un factor más de control de la maternidad y del paso de la maternidad del ámbito privado al público.

En esta época los Estados mantienen políticas pronatalistas apoyadas en la idea de que la fuerza de la nación reside en su población, por lo que mantienen un control social de las mujeres, encargadas de traer al mundo a nuevos ciudadanos y a nuevas madres y educadoras. La maternidad se convierte así en un deber social que trasciende la responsabilidad individual de la madre. Por eso, Alexandra Kollontay defenderá la idea de que el deber de asistencia y protección de la salud y la maternidad de las mujeres trabajadoras le corresponde al Estado, y de que la revolución de la mujer supone la revolución de la vida cotidiana y de las costumbres basada en la socialización del trabajo doméstico y del cuidado de las hijas e hijos. Kollontay relaciona feminismo y marxismo, aunque tendrá conflictos con sus

compañeros de partido que negaban la necesidad de una lucha específica por la liberación de la mujer. Para ella, sin feminismo no hay revolución que valga, por eso trabaja en la construcción de una nueva identidad femenina basada en la “mujer nueva” que comprende intereses que nacen de la individualidad y que pasan por la realización de vocaciones personales distintas de las estrictamente domésticas. Olga Paz Torres realiza un repaso del pensamiento de Alexandra Kollontay en “La «mujer nueva» de Alexandra Kollontay: aproximación a través de su biógrafa, Isabel Oyarzábal Smith”, texto en el que pone de manifiesto que si bien sus ideas tuvieron proyección en la práctica con medidas encaminadas a la protección de las madres trabajadoras y al cuidado de niñas y niños, la elevación de la maternidad a deber social choca con los derechos individuales de las mujeres “a disponer de su propio cuerpo”.

A este hecho, a la injerencia del Estado en la vida reproductiva, hace referencia Rosario Hernández Catalán, en “A tres crías por hembra trabajadora: la maternidad que se nos avecina a las europeas”, un trabajo muy crítico con el actual discurso natalista de la Unión Europea que cree fundado en la necesidad de una gran masa de mano de obra que mantenga el nivel de producción y consumo de nuestra sociedad capitalista. Por eso apunta que los Estados quieren un aumento de la natalidad sin reducir la jornada laboral de madres y padres, por lo que el Estado aparece como criador de los hijos e hijas, todo lo cual le lleva a preguntarse “¿El Estado domesticará desde los cero años a la futura masa trabajadora y consumidora? En resumen, un trabajo incisivo que nos hace preguntarnos si hemos llegado ya a vivir en la sociedad anunciada por célebres distopías como *Un mundo feliz*.”

Rosario Hernández también apunta que el patriarcado anida en todas partes, y es precisamente el patriarcado el que según Victoria Sau ha construido la “maternidad como impostura” para mantener a las mujeres a su servicio. Los trabajos de Carmen Suárez Suárez y de Gloria García Nieto analizan los diálogos entre feminismos y maternidad. La primera hace un recorrido a través de la tradición feminista occidental en “Las maternidades y el pensamiento feminista. De Simone de Beauvoir a los feminismos de los años sesenta y setenta del siglo XX”. Esta autora parte de los feminismos que se desarrollan en la Europa Occidental entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, unas corrientes que no cuestionaron el papel de las mujeres en las maternidades y que reivindicaron los derechos específicos de las mujeres por el hecho de ser madres. La ruptura se produce después de la Segunda Guerra Mundial con *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, que plantea que la maternidad no es natural, sino que es una construcción cultural y un aspecto de la realidad social y política que explica la subordinación de las mujeres. Además reivindica la mater-

nidad libre, responsable, la maternidad como una opción entre otras, no como exclusiva posibilidad de realización. A partir de la obra de Simone de Beauvoir se abren nuevas líneas de debate sobre las maternidades que se retomarán en los años sesenta y setenta desde los movimientos feministas y las obras de otras autoras que reflexionan sobre las maternidades y la vida de las mujeres basándose en sus experiencias personales y las ideas de Beauvoir: la maternidad como construcción cultural y como estrategia de subordinación de las mujeres al patriarcado, la necesidad de separar la vida sexual de la reproductiva, la construcción de una maternidad libre y alternativa al sistema patriarcal.

Por su parte, Gloria García Nieto en “Ser madre siendo feminista”, hace un repaso de las estrategias seguidas por los feminismos españoles de la Transición en torno a la maternidad a través de la experiencia personal. Según las ideas de Victoria Sau a las que antes he hecho referencia, había dos tipos de maternidad: la *maternidad en esclavitud*, obligatoria mediante presiones directas o indirectas; y la *maternidad en servidumbre*, que es voluntaria, pero provoca servidumbre ante la imposibilidad de educar a la descendencia al margen de las normas del patriarcado. Por lo tanto, Gloria García hace hincapié en la falta de libertad de las mujeres con respecto a la maternidad y con respecto a sus cuerpos, ya que es el Estado el que decide si el aborto es legal o no. En la Transición la despenalización del aborto fue una de las reivindicaciones feministas más destacadas, aunque también fue considerado como una agresión al cuerpo de las mujeres. Los métodos anticonceptivos también fueron cuestionados por algunos grupos feministas “como una forma más de colonización de nuestros cuerpos”, al interpretar la sexualidad femenina desde una óptica masculina. Por lo tanto, uno de los objetivos del discurso feminista fue la recuperación por parte de las mujeres de sus cuerpos y la libertad para elegir la maternidad.

Desde la Transición las mujeres españolas han dado pasos de gran envergadura en el reconocimiento de sus derechos, sin embargo queda mucho por hacer aún para conseguir la igualdad en el terreno práctico, algo que queda patente al revisar los datos ofrecidos por Marian Uría Urraza en su estudio titulado “La baja fecundidad de las asturianas: ¿se ha convertido la maternidad en una opción difícil para las mujeres?”, en el que observa una tendencia decreciente en la fecundidad en Asturias desde 1977 y en el que analiza los indicadores relacionados con la fecundidad. En él vemos cómo el salario de las mujeres sigue siendo más bajo que el de los hombres, las tasas de desempleo femenino son más altas, las mujeres abandonan el mercado de trabajo en la edad de crianza, cosa que no hacen los hombres, son ellas las que siguen teniendo la responsabilidad de las tareas domésticas y son las principales encargadas del cuidado de niñas y niños, personas discapacitadas y mayores.

Una de las conclusiones a las que llega la autora con este estudio es que “la maternidad ha dejado de ser una cuestión inherente al hecho de ser mujer, ha pasado a ser una opción más en la vida de las mujeres”. No cabe duda de que esto es cierto, hoy en día nos hemos desprendido de la maternidad obligatoria, aunque no del todo de la presión social. Los trabajos comprendidos en esta obra son una excelente propuesta de reflexión en torno a la relación entre mujeres y maternidades y al cuestionamiento de la identificación entre mujer y madre desde el pensamiento feminista, que propone diversas maneras de vivir (o no) la maternidad sobre la base de la libertad de elección, así como la valoración de las mujeres como individuos y no en función de su ciclo reproductivo.

Adriana Cases Sola
Universidad de Alicante

DELGADO MARTÍNEZ, M.^a Ángeles: *Científicas y educadoras. Las primeras mujeres en el proceso de construcción de la Didáctica de las Ciencias en España*. Murcia, Ediciones de la universidad de Murcia, 2009.

Queremos dar la bienvenida a una obra pionera en un ámbito en el que se cruzan la Historia de la Educación, en concreto de las disciplinas escolares, y la Historia de las Mujeres, para sacar a la luz la importante contribución de las profesoras pioneras en la didáctica de las ciencias experimentales.

A las pioneras aportaciones de la profesora Flecha sobre las primeras universitarias en España se han sumado en los últimos tiempos algunas investigaciones, en particular las de la profesora Magallón, que han ampliado nuestra visión de las mujeres de ciencia en nuestro país, tampoco faltan trabajos sobre las mujeres en la universidad en el último tercio del siglo XX, pero todavía quedan muchas sombras en el estudio de las mujeres universitarias en España. Es en este espacio en el que, la obra de la profesora Delgado, da un nuevo paso al dirigir su mirada a un campo en el que la aportación de las mujeres cobra especial relevancia: la labor investigadora de las mujeres científicas preocupadas por la divulgación de los conocimientos en las aulas y que, tal vez, puede leerse de otro modo: la orientación de las mujeres científicas hacia la didáctica como el camino más acorde con los papeles de género.

En los primeros lustros del siglo XX la enseñanza ya era un espacio reconocido para las mujeres pero ¿lo era la ciencia? Esta obra nos sitúa en uno de esos cruces de caminos en la frontera, en este caso entre docencia/ciencia, que provocan el encuentro de dos ámbitos con marcas de género diferenciadas y que abren nuevos caminos, más o menos lentos en su reco-

rrido, no exentos de dificultades, pero especialmente creativos y explicativos de nuestro presente.

De las dificultades de esta profesionales parte M.^a Ángeles Delgado que ya en la introducción de su libro señala la ocultación que la obra femenina ha venido padeciendo y cómo quienes se han venido ocupando de la Didáctica de las Ciencias experimentales, han obviado la aportación de estas profesionales —salvo alguna rara excepción- contribuyendo así a su invisibilidad. Y es que, la ciencia, a comienzos del siglo XX, todavía quedaba muy alejada del modelo de feminidad vigente.

La razón de ser de las mujeres confirmada por Rousseau como el servicio a los hombres, reforzó en el mundo contemporáneo su alejamiento de la ciencia:

No es la jurisdicción de las mujeres la investigación de las verdades abstractas y especulativas, de los principios y axiomas en las ciencias; sus estudios se deben referir todos á la práctica; á ellas toca hacer la aplicación de los principios hallados por el hombre, y á ellas hacer las observaciones que conducen al hombre á asentar principios. Todas las reflexiones de las mujeres, en cuanto no tiene conexión inmediata con sus obligaciones, deben encaminarse al estudio de los hombres o á los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto; porque las obras de ingenio vasto esceden su capacidad; no tienen la atención y el ajuste de razón suficientes para aprovechar en las ciencias exactas¹.

La doble barrera que debieron superar estas mujeres, como la de todas aquellas que por primera vez se introducen en un campo profesional del que estaban excluidas, se pone de manifiesto a lo largo de toda la obra. La larga tradición de prejuicios que aleja a las mujeres de la ciencia tiene aún en nuestros días una arraigada presencia. Una concepción de la ciencia como algo objetivo, neutral impersonal, inmutable e impermeable a los cambios sociales, se mantiene y oculta otros prejuicios sobre la consideración de las inteligencias “femeninas como más próximas a sentimientos y emociones que a racionalidad científica. Aunque las mujeres, a finales del XIX, aún asumiendo papel que se les asignaba, defendían para ellas otras posibilidades.

La sociedad no ha de desquiciarse porque algunas mujeres ejerzan la Medicina, ó abran una farmacia, ó establezcan una Academia de estudios preparatorios, ó vivan de la pluma o del arte pictórico. Y como el hombre a de elegir libremente esposa y no le han de adjudicar contra su voluntad una médica, literata, etc., de aquí que a nadie resulte perjuicio al tener

1. ROUSSEAU, J. J.: *Emilio o de la educación*. Traducción J. Marchena. Madrid; Imprenta de Alban y Compañía, 1821. Tomo II, Libro V, p. 209.

tanto donde escoger. Por otra parte esas mujeres que aman con pasión el arte ó la ciencia, no suelen tener gran vocación al matrimonio, y se encuentran perfectamente investigando las verdades científicas, ó llenando sus almas con las inefables bellezas del ideal poético, siempre nuevo y nunca agotado².

La profesora Delgado revela en su investigación que no fueron pocas las mujeres que, en el marco que la legalidad vigente les permitió, centraron su trabajo en las ciencias experimentales, desmintiendo los prejuicios y realizando importantes contribuciones que inscribe la autora en las que hoy siguen siendo principales líneas de innovación y desarrollo de las didáctica de las ciencias. Destaca las aportaciones de Martina Casiano y Margarita Comas al trabajo experimental con el alumnado; cómo esta última y Dolores Cebrián se ocuparon del entorno ambiental; Julia Morros y Rosa Sensat de las ciencias de la vida cotidiana y de las propuestas didácticas de actuación en el aula de algunas de éstas y de Concepción Sainz Amor.

La obra de la profesora Delgado se estructura en cinco capítulos. Tras un primer capítulo sobre ciencia, género y educación en los orígenes de la España contemporánea, se ocupa de la primera formación que recibieron las mujeres en ciencias experimentales en las Escuelas Normales de Maestras para poder ejercer como maestras y profesoras de estos centros en el área de Ciencias. Aborda, a continuación, la participación de estas primeras docentes en las actividades innovadoras promovidas por el Museo Pedagógico Nacional (1882-1941), a finales del siglo XIX y, posteriormente, por la Junta de Ampliación de Estudios (1907-1938) y la Sección de Ciencias de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio (1909-1932). Se detiene en las dificultades de las primeras estudiantes universitarias de Ciencias, sobre todo para hacer valer sus títulos académicos, y su ejercicio profesional en la segunda enseñanza. Cierra esta obra un capítulo que recoge las contribuciones de estas profesionales a través del análisis de sus publicaciones en las revistas profesionales y en libros escolares.

En un apéndice final se recoge la historia profesional de hasta cuarenta mujeres de ciencia dando así vida a estas protagonistas. Entre algunas más conocidas ya citadas, saca nuestra autora del anonimato a muchas otras como Victoria Adrados Iglesias, Remedios Pilar Angulo y Puente, Jenara Vicenta Arnal Yarza, Martina Casiano y Mayor, María Del Carmen Castilla Polo, Pilar Claver y Salas, Juana Fernández Alonso, Emilia Fustigueras Juan, Ángela García de la Puerta, M.^a de los Dolores Gómez Martínez, M.^a de los Desamparados Ibáñez Lagarda, Amparo Irueste Roda, Felisa Martín

2. CARBONELL, María: "Algunas ideas sobre educación de la mujer". *La Escuela Moderna*, n.º 27, junio 1893, p. 403

Bravo, Julia Martínez Álamo, Juana Moreno de Sosa y Catalina de Siena Vives y Fieras.

Felicitemos a M.^a Ángeles Delgado Martínez por esta obra que al tiempo que hace una innovadora aportación, abre nuevos horizontes a otras investigadoras que en ésta pueden encontrar inspiración para nuevos trabajos.

Pilar Ballarín Domingo
Universidad de Granada

WHARTON, Edith: *En Marruecos*. Valencia, Editorial Pre-textos, 2008.

Han sido dos los acercamientos que Edith Wharton (1862-1937), autora norteamericana de *La edad de la inocencia* y *La casa de la alegría*, tuvo a la literatura de viajes. *Viaje por Francia en cuatro ruedas*, país en el que estuvo afincada gran parte de su vida y por el que sintió un profundo apego, y *En Marruecos*.

Marybeth Bond en el prólogo a su edición de relatos de mujeres viajeras *Libres como el viento*, nos dice que “allí donde van las mujeres, se establecen relaciones, encuentros con la naturaleza o momentos especiales de conexión y amistad con otras mujeres”. Un poco más adelante, nos advierte que las mujeres viajeras que ha conocido, no sólo quieren aprender algunas palabras locales para saber qué lejos está un lugar o cuánto cuesta algo, también quieren poder preguntar cuántos hijos tienen o si son niños o niñas¹. Del mismo modo, se ha dicho, que los viajeros hacen especial hincapié en el *qué* y en el *dónde*, y que en cambio, las viajeras optan por el *cómo* y el *por qué*², siendo la narración de los hombres viajeros mucho más individualista y orientada a la acción que la de las mujeres viajeras, que tiende a ser básicamente relacional³.

1. BOND, Marybeth (ed.): *Libres como el viento, relatos de mujeres viajeras*. Barcelona, Ediciones Oniro, 2003, p.12

2. ROBINSON, Jane (ed.): *Unsuitable for ladies: an anthology of women travelers*, apud. ABELT I MAS, Abel; GARCÍA RAMON, María Dolores en “Reinterpretando el discurso colonial y la historia de la geografía desde una perspectiva de género”. En NOGUÉ, Joan y VILLANOVA, José Luis (eds.): *España en Marruecos. (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida, Editorial Milenio, 1999, p. 62

3. Sobre este asunto es indispensable el análisis de la estadounidense Carol Gilligan sobre como el juicio moral de las mujeres es más contextual, está más inmerso en los detalles de las relaciones. Ver, GILLIGAN, Carol: *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Está demostrado que, al menos hasta hoy, el discurso de hombres y mujeres representa dos maneras diferentes de estar y ver el mundo. Este motivo convierte un libro de viajes escrito por una mujer en una fuente imprescindible para la historia de otras mujeres, porque por su capacidad de observación e interacción con otras mujeres, podemos analizar la imagen que ella obtuvo de sus congéneres durante el viaje.

Este libro ofrece una guía de viajes por el Marruecos francés realizada durante la Primera Guerra Mundial y publicada en 1920.

La novelista empieza su itinerario en septiembre de 1917. En ese momento corrían tiempos difíciles en el país magrebí por la guerra que tenía el Estrecho vigilado por submarinos alemanes y por la división política que lo mantenía controlado por dos gobiernos diferentes: el español y el francés. Sin embargo, Wharton conviene que este instante era único para realizar su viaje y aseguraba que “nadie podrá contemplar nunca más las Mulay Idriss, Fez y Marrakech que yo conocí” (p. 12).

La obra se divide en nueve apartados subdivididos a su vez en epígrafes, más un prólogo de la autora a la primera edición de 1919 y otro a la edición de 1927.

Los cuatro primeros apartados refieren puntos claves en el trayecto, aunque visita otros lugares en su recorrido hacia ellos. La ruta marítima habitual que unía Marsella con Casablanca era peligrosa, así que Wharton parte de España y desembarca en Tánger. Desde ahí, y en un jeep militar, se dirige hacia Al Ksar, luego Rabat, la costera Salé, Chella, la ciudad romana de Volubilis, Mulay Idriss, Meknes al que denomina “el Versailles de Marruecos” (p. 60), Fez, Sefrú y finalmente Marrakech.

En el prólogo de 1919, la autora advierte que iba con el tiempo limitado por la aproximación de la llegada de las lluvias y que debía estar en Tánger antes de que comenzaran. Asimismo que por las circunstancias derivadas de la guerra había ciertas restricciones en el gasto de gasolina. Quizá esos fueron los motivos de la significativa ausencia de Casablanca como uno más de los destinos. Debía ser cierto que disponía de poco tiempo porque en ninguno de los sitios en los que recalca permanece demasiado.

Wharton se detiene a describir, con una perspectiva exótica y orientalista —incluso hace referencia a la metáfora de las mil y una noches o al genio de la lámpara— todo lo que ve. Detalla desde la ubicación, la arquitectura o la vegetación, a sus gentes, sus ropas, sus colores, folclores, cementerios, danzas rituales y olores. Todo ello intercalándolo con información del país. También señala los varios contratiempos que encuentra durante su estancia en Marruecos, aunque lo cierto es que más allá del calor y del entumecimiento de sus músculos, la autora no es prolija en quejas ni lamentos.

El quinto apartado está dedicado a los diferentes harenes que visita durante su viaje y a las hondas impresiones que le causan las mujeres que

están en ellos “eran como flores de invernadero, pálidas, pesadas y grandes, pero más frágiles que las del jardín” (p. 154)

El apartado sexto lo destina a elogiar el trabajo del General Lyautey, militar francés que se convirtió en el primer residente general, máxima autoridad en el protectorado francés de Marruecos, y de mano de quien la autora recibe la invitación de visitar el país. Tal es su agradecimiento que dedica *En Marruecos* al general y a su esposa, que además fueron compañeros de viaje en aquel septiembre de 1917.

Con todo, aparte de este apartado consagrado a lo que ella considera una exitosa labor por parte del gobierno francés, la autora dedica más de un comentario a los escasos logros de España en su protectorado comparándolo con lo llevado a cabo por Francia. Los comentarios en ese sentido abundan: “en el protectorado francés, se hace un esfuerzo permanente por mantener los senderos en buenas condiciones para el tráfico rodado, pero las autoridades españolas no dan ningún indicio de sentir una obligación semejante” (p. 26)

El apartado séptimo es un breve apéndice sobre la historia del país, del que la autora admite su falta de originalidad ya que ha sido tomado de otros textos que cita en un apartado posterior.

El apartado octavo lo compone un anexo sobre arquitectura. Un factor que tiene repercusión en toda la obra de Wharton, afirma constantemente que todo se encontraba en un estado ruinoso e insiste en que los marroquíes no conservan sus edificios. “Nada perdura en el mundo islámico —nos dice— excepto lo que la inercia de los hombres deja en pie y es suficientemente sólido como para mantenerse a salvo de los elementos” (p. 74)

Y, finalmente, el último y noveno apartado lo compone aproximadamente una veintena de libros que la autora declara haber consultado para la elaboración de las breves observaciones sobre la historia y el arte del país.

Wharton comienza su libro afirmando que no existía una guía de viajes por Marruecos y que iba a intentar ponerle remedio. No obstante, ella misma admite en el prólogo a la edición de 1927 que “sería inútil, además de innecesario, intentar convertir estos recuerdos del antiguo Marruecos en una guía del nuevo” (p. 20). La autora hacía referencia a los grandes cambios que el país había tenido en apenas una década, ahora han pasado noventa y tres años desde que Wharton visitara Marruecos y las diferencias son aún más abismales.

Así las cosas, *En Marruecos*, no es una guía de viajes actual pero sí un libro de viajes con una perspectiva muy personal, una lectura amena, un estilo narrativo rico y lleno de detalles que pretende estimular a los y las lectoras a conocer Marruecos. Puede que en la actualidad, el libro ya no responda a la intención de la autora de animarnos a visitar el país, puesto que el Marruecos que visitó no se conserva, pero es indiscutible la

importancia del libro como fuente histórica que nos acerca al conocimiento de Marruecos de principios del pasado siglo. Y, por otro lado, nos permite mejorar los datos procedentes de otro tipo de fuentes históricas, lográndose así un mejor conocimiento de una época concreta. Ahora bien, con las prevenciones habituales que se deben tomar a la hora de seleccionar un libro de viaje como fuente histórica: la mirada particular de la viajera, el etnocentrismo, etc.

Cabe destacar además la valentía de Edith Wharton al viajar a un país norteafricano a principios del siglo XX, convirtiéndose en una figura disidente y a contracorriente de la sociedad patriarcal imperante. Esta autora, una de las más célebres del pasado siglo, fue pionera en distintas parcelas, como la primera mujer en ganar el premio Pulitzer y también, una de las primeras mujeres en dejarse seducir por la belleza de Marruecos. Esa pasión se refleja en las páginas de su obra, lo que lo ha convertido en un clásico de obligada lectura. Acaso la única mejora que podría hacerse a la edición sería haber añadido esas fotografías que la escritora dice haber tomado a lo largo del viaje.

Yasmina Romero Morales
Universidad de La Laguna